

# LA OTAN CUMPLE 70 AÑOS

## en plena adaptación a un nuevo entorno estratégico

**E**STE 2019 que ahora acaba ha sido el del setenta aniversario de la firma del Tratado de Washington. La OTAN ha cumplido en 2019 setenta años. Setenta años de éxitos en la defensa de la libertad y la democracia. Setenta años en que juntos —los aliados— hemos aprendido a definir el concepto que nos une: la defensa colectiva. Porque no podemos olvidarlo: sin cohesión, no hay solidaridad; sin solidaridad, no hay defensa colectiva y sin defensa colectiva no hay Alianza Atlántica.

Pero, ¿qué es lo que debemos defender colectivamente? ¿Qué es lo que hemos defendido colectivamente en esos setenta años? ¿Qué es lo que pretendemos defender en el futuro?

En estos setenta años hemos defendido nuestras fronteras nacionales. Es evidente. Así lo hemos hecho. Pero hemos defendido también otras fronteras que no son menores en importancia: junto a las fronteras territoriales, hemos defendido nuestras fronteras de libertad. Es un hecho que la Alianza ha defendido en estos setenta años los valores y principios que nos definen como sociedades libres. Y eso no es poco.

Los valores y principios que ha defendido y que defiende la Alianza —libertad, democracia, respeto a los derechos humanos e imperio de la ley— son los mismos que, como recordó Su Majestad el Rey ante el Consejo Atlántico el 21 de noviembre de 2018, inspiraron la Declaración de Independencia de Estados Unidos en 1776, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789 o la Constitución de Cádiz en 1812. Se trata, a pesar de la antigüedad en su formulación, de valores plenamente actuales, que hoy inspiran la Carta de Naciones Unidas, los Tratados de



**Miguel  
Fernández-  
Palacios Martínez**  
Embajador  
Representante  
Permanente de  
España ante el  
Consejo del Atlántico  
Norte

la Unión Europea y también nuestra Constitución. Son los valores que definen nuestro presente y que nos proyectan al futuro como sociedades de ciudadanos libres; de ciudadanos que quieren vivir en paz, porque solo en un entorno de paz y estabilidad logramos que nuestros derechos y libertades se desarrollen plenamente, logramos que nuestras sociedades prosperen y logramos que nuestros deberes como ciudadanos encuentren su fundamento en un principio superior de legalidad democrática.

Es precisamente por ello por lo que, en un entorno cada vez más impredecible e inseguro, la OTAN constituye una herramienta de importancia extrema para mantenernos unidos en defensa de nuestros valores. Unidos para defender una paz que nos ha permitido —con sus sombras, es evidente y no me llevo a engaño— construir en los últimos setenta años una sociedad internacional en la que de conflictos bélicos mundiales solo se ha hablado en los libros de historia.

Entre el final de la primera guerra mundial en 1918 y el principio de la segunda, en 1939, solo pasaron veintiún años. Que en los últimos setenta años el mundo no se haya visto abocado a un conflicto nuclear global de inimaginables consecuencias tiene mucho que ver con la firma del tratado de Washington el 4 de abril de 1949 y con la creación de la Alianza Atlántica. Negarlo, sería negar la realidad.

Hoy, con setenta años de vida, la Alianza Atlántica sigue siendo la herramienta político-militar primordial de la seguridad y defensa del mundo occidental, en general, y de Europa, en particular.

¿Pero qué papel ha jugado España en la Alianza desde su adhesión en 1982? Las primeras palabras de España en el

*Hemos defendido  
no solo nuestras  
fronteras, también  
nuestras libertades  
y valores*

Consejo Atlántico las pronunció el entonces ministro de Asuntos Exteriores. Pérez-Llorca dijo en aquella ocasión que nuestro país apostaba, mediante la adhesión, «sobre todo y ante todo, [por la] defensa de la libertad, de la democracia pluralista, de los derechos humanos [y por] el respeto profundo a las normas constitucionales que lo aseguran».

En esta misma línea, el impulsor de nuestra adhesión, el entonces presidente del Gobierno Leopoldo Calvo-Sotelo, dijo el 10 de junio de ese mismo año en la Cumbre aliada de Bonn que «España será un miembro leal y activo de la alianza y aportará a ella todo el empuje de un pueblo que acaba de recobrar sus libertades y quiere mantenerlas en la paz y en la justicia del concierto internacional».

Estas y aquellas palabras tienen hoy la misma actualidad que entonces. Y son exactamente esos valores, por los que España apostaba en 1982, los mismos por los que España sigue apostando hoy. Valores que definen a una sociedad moderna y comprometida con la libertad.

España es, sin duda, más fuerte y más segura gracias a nuestra pertenencia a la OTAN. No nos puede caber duda alguna. Y los españoles son bien conscientes de todo ello como lo atestiguan los resultados del barómetro que publicó hace ahora justo un año el Real Instituto Elcano con motivo del 40º aniversario de la Constitución para comprobar la solidez del compromiso de España con la OTAN. Según ese estudio, el 75 por 100 de los españoles están a

favor de permanecer en la OTAN, datos que no son sino un buen ejemplo del sentimiento de pertenencia de los españoles a una comunidad internacional de valores democráticos y seguridad compartida.

A nadie le cabe duda que los hombres y mujeres que forman nuestras Fuerzas Armadas han demostrado en las últimas décadas, y siguen demostrando hoy, que su permanente compromiso y cualificación hacen de España un aliado comprometido y fiable; un aliado serio y capaz.

Allí donde fuerzas de la OTAN han estado desplegadas desde nuestra adhesión ha estado un soldado español. Hemos partici-

pado o participamos en la práctica totalidad de las operaciones, misiones o actividades aliadas.

España ha dado un paso al frente cuando se ha requerido nuestra presencia en las misiones defensivas Presencia Avanzada Reforzada y Policía Aérea del Báltico en los países aliados del este de Europa.

Estamos comprometidos con la estabilidad en Afganistán, con la seguridad del espacio aéreo turco o con el futuro de Irak.

Surcamos las aguas del Mediterráneo y del Atlántico ondeando orgullosos la bandera de España y de la OTAN.

Estamos comprometidos con una Alianza Atlántica que cada día mira más al Sur —y lo hace en gran parte debido a nuestro impulso—, donde sabemos que la prevención y el trabajo conjunto con nuestros socios de la orilla sur del Mediterráneo es requisito indispensable para una estabilidad compartida.

Podemos decir, en definitiva, que España está y a España se la espera. Y debemos estar orgullosos de ello.

Pero no podemos dejar de tener en cuenta que la OTAN se enfrenta en su 70º aniversario a un entorno estratégico complejo que combina adversarios de muy diferente índole: algunos viejos conocidos que vuelven a formar parte de la actualidad; otros, más novedosos, como las amenazas híbridas o cibernéticas, o el reto que supone para Occi-

dente interpretar desde una perspectiva geoestratégica la creciente influencia de China. Paso a referirme brevemente a ellos.

Y empiezo con Rusia. La anexión ilegal de Crimea por parte de Rusia supuso un antes y un después para la OTAN y la Cumbre de Gales de 2014 escenificó ese punto de inflexión.

Después de muchos años en los que la OTAN se había centrado en la gestión de crisis y había reducido su postura de disuasión y defensa, la cumbre de Gales representa un giro hacia el Este, un reconocimiento de que vuelve a haber un adversario y el inicio del reforzamiento de la postura de disuasión y defensa aliada.



OTAN

## P E R S P E C T I V A

Se empiezan a tomar medidas para reasegurar a los aliados del Este y para reforzar la cooperación con los socios más expuestos, fundamentalmente Ucrania y Georgia.

Al tiempo, y conscientes de la necesidad de mantener interlocución con las autoridades rusas y de equilibrar los mensajes, la Alianza decide seguir apostando, a pesar de la anexión de Crimea, por un diálogo frecuente y en la medida de lo posible productivo con Moscú. Este enfoque —que España apoya plenamente— no es sino una combinación de medidas de refuerzo de la postura de disuasión y defensa y una permanente oferta de diálogo, principalmente a través de las reuniones del Consejo OTAN-Rusia.

Las Cumbres de Varsovia en 2016 y de Bruselas en 2018 permiten reafirmar este enfoque dual y continuar con la adopción de medidas para seguir reforzando la postura militar.

Quizás las más ilustrativas de estas medidas sean, por un lado, la eFP, a la que contribuimos con 350 soldados en Letonia, y, por otro, la *Baltic Air Police*, a la que también contribuimos desplegando de forma rotatoria un contingente de cazas.

En segundo lugar he de referirme al terrorismo internacional. El terrorismo es para la OTAN una amenaza de primer orden. Y es principalmente a partir del surgimiento del ISIS/*Daesh* cuando la Organización toma conciencia de ello y empieza a trabajar en la elaboración de un Plan de Acción de Lucha contra el Terrorismo, adoptado en mayo 2017.

En el ámbito de la lucha contra el terrorismo, la OTAN siempre ha planteado su contribución con carácter complementario a las tareas y cometidos de otras organizaciones internacionales competentes en la materia y respetando el derecho internacional y la Carta de Naciones Unidas, asumiendo de partida que los aliados mantienen sus plenas competencias y responsabilidad central en la lucha contra el terrorismo.

España considera que cooperar con la Unión Europea y con otras organizaciones internacionales como Naciones Unidas o la Unión Africana es esencial para nuestra seguridad, y hacerlo con nuestros socios y, en particular, con los de nuestro vecindario estratégico con el objetivo de proyectar estabilidad, es la mejor garantía para nuestra propia seguridad.

Y sin salir de la amenaza terrorista es necesaria una referencia al expediente Sur y a las amenazas provenientes del flanco Sur de la Alianza tras la proclamación del Califato islámico en 2014.

La OTAN se ha adaptado a esta nueva amenaza acudiendo a dos conceptos complementarios: la disuasión y la defensa y la proyección de estabilidad y, muy relacionado a esta, la lucha contra el terrorismo. El hecho de que la Cumbre de Bruselas de julio 2018 tuviera claramente un componente Sur, con la adopción del «Paquete para el Sur», fue un paso fundamental y puso de mani-



fiesto que la OTAN es una organización atlántica y europea, pero también mediterránea.

En tercer lugar, quisiera hacer mención a las ciberamenazas. El frente en un hipotético conflicto en los próximos años —trabajamos, obviamente, para que este no se dé— pasará por el salón de cada una de nuestras casas. Los ciudadanos anónimos podrán pasar a ser el objetivo número uno de nuestros adversarios. La tecnología 5G, el internet de las cosas, la inteligencia artificial o la computación cuántica traerán grandes beneficios para la humanidad, pero también grandes riesgos si no sabemos evitarlos.

Y la OTAN es plenamente consciente de este reto —y de la amenaza que representa— y buena prueba de ello es el hecho de que tras el reconocimiento en la Cumbre de Gales, en septiembre de 2014, de que un ataque cibernético podría llegar a provocar la invocación del artículo 5 (Defensa Colectiva) del Tratado de Washington, y la declaración como Dominio Operacional independiente —junto al terrestre, marítimo y aéreo— en la Cumbre de Varsovia (julio de 2016) los aliados se comprometieron en esta misma Cumbre a mejorar sustancialmente las políticas y capacidades nacionales de ciberdefensa, a la vez que a mejorar la resiliencia en este ámbito, dando lugar al denominado Compromiso de Ciberdefensa.



OTAN

En los próximos años vamos a acostumbrarnos a oír ese término: resiliencia. Resiliencia en el ciberespacio es la capacidad para resistir a los incidentes cibernéticos y, cuando estos causan algún daño, recuperarse del ataque sin impacto o con un impacto aceptable. Acostumbrémonos al término.

En cuarto lugar, quisiera referirme, brevemente, a una cuestión muy ligada a la anterior: la guerra híbrida.

Es, sin lugar a dudas, uno de los aspectos que más preocupa a la OTAN y a las autoridades militares y civiles de los aliados. La guerra híbrida combina los ámbitos convencionales y no convencionales, hace uso de ataques cibernéticos y de desinformación, y al afectar —y apoyarse en muchos casos— en las nuevas tecnologías es difícil de controlar y puede tener impacto en nuestras vidas cotidianas.

Entramos de lleno en la *zona gris*. El teatro de operaciones del siglo XXI. La zona en la que predominan actuaciones que pese a alterar notablemente la paz no cruzan los umbrales que permitirían o exigirían una respuesta armada.

*El gran reto es  
hacer entender  
a los jóvenes lo  
necesaria que es la  
OTAN*

Ciberataques, campañas de propaganda, sabotajes, operaciones encubiertas o clandestinas, disturbios orquestados; acciones todas ellas que, diseñadas por nuestro adversario, persiguen crear un clima de desinformación y confusión que desestabiliza y debilita nuestra posición.

La respuesta de la OTAN en este terreno no se ha hecho esperar y la Alianza trabaja ya en medidas de asistencia a los países que puedan sufrir ataques híbridos, y que soliciten ayuda.

En el comunicado oficial de la Cumbre de Bruselas, la OTAN se reafirma en que un ataque híbrido de suficiente intensidad podría justificar la invocación del artículo 5 del tratado de Washington. No obstante, en la gestión de este particular conflicto —en el que es difícil definir el grado de intensidad y quien está detrás de él— deben seguir jugando un papel esencial e irremplazable las autoridades nacionales de cada aliado.

Por último, y en sexto lugar, es obligada una mención a China: ¿es la nueva China que quiere jugar a ser actor internacional de primer orden una amenaza, un reto o una oportunidad?

Los jefes de Estado y de Gobierno reunidos en Londres no han podido dejar de hablar de China. Hasta ahora se le había considerado como un actor alejado del área geográfica de competencia de la OTAN que el Tratado de Washington define como el área euroatlántica. Pero es evidente que, en un mundo globalizado, el auge incesante de China tiene implicaciones en materia de seguridad para Occidente, y por tanto, para la OTAN.

Para la Alianza, China ofrece evidentes oportunidades de cooperación en muchos terrenos, pero también representa un reto e incluso una amenaza en algunos aspectos securitarios, principalmente aquellos vinculados con la gestión de las nuevas redes 5G.

Concluyo. Y quiero hacerlo con una reflexión final. Probablemente el gran reto de la OTAN en su setenta aniversario no es ni Rusia, ni China, ni la lucha contra el terrorismo internacional: el gran reto es la percepción que los ciudadanos de los países aliados —y particularmente los jóvenes— tienen de la necesidad de la existencia de la propia Alianza. Setenta años —o, mejor dicho, setenta y cuatro— sin una guerra mundial; con luces y sombras, pero sin una guerra mundial, han permitido un desarrollo económico y social

sin parangón a ambos lados del Atlántico, pero también el que las jóvenes generaciones hayan olvidado que la OTAN fue un instrumento esencial para no volver a presenciar un conflicto armado global y, esta vez, de carácter nuclear. No seremos eficaces contra viejas y nuevas amenazas si nuestras sociedades no las consideran como tales. Ese y no otro es el gran reto que la Alianza tiene planteado hoy en su setenta aniversario. ■